

LAS CINCO VOCALES DE LA PEDAGOGIA

Por: Antonio Pérez Esclarín
Centro de Formación P. Joaquín, Fe y Alegría-Venezuela
Maracaibo, Agosto 2002

Son ellas lo primero que aprendimos en la escuela: a, e, i, o, u. Tal vez nos traigan cadencias musicales y recuerdos de infancia. Están presentes en todas las palabras. Sin ellas no es posible la expresión ni la verdadera comunicación; no es posible el pensamiento.

Para la necesaria construcción de la pedagogía popular de Fe y Alegría, voy a dejarme guiar por las cinco vocales y espigar en torno a ellas unas pocas palabras claves, que espero nos ayudarán a afianzar una serie de principios pedagógicos sencillos, esenciales y fáciles de recordar. Sobre ellas, podemos construir sesudas elucubraciones y teorías. Sin ellas, todo puede resultar erudición hueca y estéril. No olvidemos nunca que lo culto es sencillo. Yo pongo las vocales. Que cada uno ponga los acentos,

A

Amor: Es el principio pedagógico esencial. Amor se escribe con “a” de ayuda, apoyo, ánimo, acompañamiento, amistad. El educador es un amigo que ayuda a cada alumno, especialmente a los más débiles y necesitados, a triunfar, a crecer, a ser mejor. El amor crea seguridad, confianza, es inclusivo, no excluye a nadie. Es paciente y sabe esperar, por eso respeta los ritmos y modos de aprender de cada uno y siempre está dispuesto a brindar una nueva oportunidad. Amar no es consentir, sobreproteger, alcahuetear, dejar hacer. El amor no crea dependencia sino que da alas a la libertad e impulsa a ser mejor. Busca el bien-ser y no sólo el bienestar de los demás. Ama el maestro que cree en cada alumno, lo acepta y valora como es, con su cultura, sus carencias, sus talentos, sus heridas, sus problemas, su lenguaje, sus sueños, miedos e ilusiones; celebra y se alegra de los éxitos de cada alumno aunque sean parciales; y siempre está dispuesto a ayudarlo para que cada uno llegue tan lejos como le sea posible en su crecimiento y desarrollo integral. Además de amar a sus alumnos, el verdadero educador ama la materia que enseña (por ello siempre está buscando, investigando, actualizándose) y ama el enseñar, es educador por vocación.

¿Quiero realmente a todos y cada uno de mis alumnos, especialmente a los más débiles y necesitados? ¿Se sienten ellos queridos por mí? ¿Preparo con ilusión mis clases y me actualizo continuamente para desempeñar mejor mi labor? ¿Cuál –y cuándo- fue el último libro que leí sobre los contenidos que enseñé o sobre pedagogía? ¿Qué debo mejorar en mi práctica educativa para practicar con mayor énfasis la pedagogía del amor?

Alegría: Si hay alegría, hay motivación, hay deseos de aprender. Si en los centros educativos brilla la alegría, habremos conseguido lo más importante. Debemos buscar y meter la alegría en todas las actividades que planificamos y hacemos. Las aulas y todos los recintos escolares

deben invitar a la alegría y ser atractivos en lo físico y en el ambiente irradiador de aceptación, comprensión, ayuda. La educación actual es demasiado fastidiosa y aburrida. Muchos alumnos desertan porque no encuentran en el centro educativo respuesta a sus intereses, preocupaciones y problemas. El objetivo principal de las planificaciones, debe ser tener a los alumnos motivados y contentos. Hay que volver al saber con sabor, a la escuela (*scholé*) como lugar del disfrute en el trabajo gratificante y compartido. Quedan prohibidas las caras largas, las palabras ofensivas y desestimulantes, las amenazas, los ejercicios tediosos y aburridos, las memorizaciones sin entender, los aprendizajes sin sentido. Atrevámonos a proponer y vivir el servicio como fuente de alegría. No olvidemos nunca que “ser más es el camino a la perfecta alegría”.

¿Me considero un educador ameno o aburrido? ¿Qué opinarían los alumnos? ¿Disfruto de mi trabajo educativo? ¿Tengo problemas serios de disciplina, cómo los enfrento? Cuando planifico, ¿busco conscientemente tener a los alumnos motivados y felices? ¿Lo logro? ¿Qué me propongo para avanzar en una pedagogía de la genuina alegría?

Asombro: Desterremos la rutina, los rituales grises, las jornadas monótonas, siempre iguales. Cada día debe ser una sorpresa, cada actividad una fuente de asombro. Atrevámonos a innovar, a proponer, a soñar, a convertir nuestras actividades en una fiesta. Ayudemos a los alumnos a mirar, a admirar, a contemplar, a descubrir el misterio que se oculta en cada cosa, en cada flor, en cada persona. Seamos capaces de “acorazar” sus corazones contra la vulgaridad, el mal gusto, la violencia, la banalidad. Volvamos a ser capaces de vivir con ilusión nuestra vocación de educadores: “Si no se hicieren como niños, no entrarán en el reino de la pedagogía”. El genuino maestro, más que inculcar respuestas e imponer la repetición de normas, conceptos y fórmulas, orienta a los alumnos hacia la creación y el descubrimiento, espolea su fantasía, promueve su inventiva, los guía para que galopen sin ataduras por los caminos de su libertad.

¿Acudo cada día al centro educativo con ilusión, dispuesto a sorprender y dejarme sorprender por mis alumnos? ¿Me esfuerzo por hacer de cada jornada algo sorprendente y nuevo? ¿Qué propongo para acabar con la rutina, con esos rituales escolares monótonos y aburridos?

Autoridad: La palabra proviene del verbo latino *augere*, que significa, alentar, animar, ayudar. Las palabras auge y aunar son primas hermanas de autoridad. Todos los educadores tienen poder pero no todos tienen autoridad. El poder se lo confiere el cargo y la institución. La autoridad sólo pueden otorgársela los alumnos. Y la otorgarán si respetan a su maestro, si lo valoran y quieren, si sienten que está a su servicio y se esfuerza por dar lo mejor de sí. Sólo es deseable la autoridad que auxilia, que sirve, que aúpa, que empodera, que hace crecer. La genuina autoridad se esfuerza por crear una disciplina consensuada, que norma y regula el trabajo y la convivencia y por ello, está siempre al servicio del alumno, de su crecimiento y formación.

¿Tengo autoridad ante los alumnos o simplemente poder? ¿Siento que me respetan y aprecian? ¿Hay normas claras en el salón y en el centro educativo? ¿Han sido construidas

con la participación de los alumnos? ¿Están realmente al servicio de los alumnos? ¿Qué me propongo y propongo para avanzar en esta dimensión?

Alumno: Es el personaje más importante del centro educativo, sin importar su sexo, raza, familia, color, religión, aspecto, peinado, forma de vestir... Todos son iguales y al mismo tiempo diferentes, con el derecho y la obligación de realizarse en plenitud. Los directivos, los maestros, los gremios, los administrativos y obreros, los programas, la distribución de los horarios, tiempos y espacios, las actividades, ¡todo! (hasta el Ministerio de Educación) debe estar al servicio del alumno, de todos y cada uno de los alumnos, en función de sus aprendizajes, de su crecimiento integral. Del derecho de los alumnos a recibir una educación de calidad, dimanan los derechos de los maestros, de los directores, de los administrativos y obreros...quienes, en defensa de sus derechos, no pueden pisotear la fuente de donde brotan.

¿Son realmente los alumnos los más importantes en el centro educativo? ¿Lo perciben ellos así? Los horarios, los cargos, las actividades..., ¿se organizan para buscar su mejor beneficio? ¿Algunas veces hemos pisoteados sus derechos por defender los nuestros?

Audacia: Fe y Alegría nació como fruto de la audacia y es inconcebible sin ella. El grito del Padre Vélaz, nuestro fundador, ¡*Atrevámonos!* sigue resonando a lo largo de nuestra historia, como invitación al coraje, a superar la tentación del acomodo y la mediocridad. Audacia para ir más allá de lo posible, para superar el pragmatismo y sensatez de los pusilánimes y cobardes. Audacia para innovar, para proponer, para emprender caminos siempre nuevos. Audacia que contagie y sea capaz de provocar el atrevimiento y el riesgo, las ganas de vivir de un modo fecundo, dando vida a los demás.

¿Me considero una persona audaz o una persona pusilánime? ¿Estoy siempre en búsqueda o me dejo llevar por la rutina? ¿Me acobardo ante los problemas y dificultades o las asumo como retos para crecer? ¿Qué innovaciones o cambios importantes he incorporado a mi práctica educativa en los últimos meses?

E

Escucha: En educación, hoy se habla mucho, pero se escucha y se dialoga muy poco. En general, es el maestro el que habla y los alumnos repiten sus palabras. La pedagogía está penetrada por una gran verborrea hueca. Los educadores deben aprender a callarse y escuchar mucho más a los alumnos. Escuchar antes de diagnosticar, de opinar, de juzgar. Escuchar no sólo las palabras, sino el tono, los gestos, el dolor, la ira, los miedos, el rubor tímido. Escuchar para comprender y así poder dialogar. El diálogo exige respeto al otro, humildad para reconocer que uno no es el dueño de la verdad, que el alumno acude al acto educativo con saberes, vivencias y puntos de vista que el educador debe tomar en cuenta. El diálogo implica búsqueda, disposición a cambiar, a “dejarse tocar” por la palabra del otro. Hay que aprender también a escuchar el silencio, para poder escucharse, y germinar en él palabras verdaderas, coherentes, germinadoras de aliento y vida. Frente a un mundo y una cultura en

la que triunfan los charlatanes y los mentirosos, debemos cultivar una pedagogía de la palabra como expresión de vida, palabra-testimonio.

*¿Escucho realmente a los alumnos, a los compañeros, a los padres y representantes?
¿Escucho para comprender y así poder dialogar y ayudar? ¿Soy capaz de escuchar mi silencio para conocer qué se oculta detrás de mis acciones, mis poses, mis palabras? ¿Me siento realmente escuchado y comprendido por mis directivos y compañeros? ¿Enseño a mis alumnos a escuchar, qué hago para ello? ¿Qué propongo para avanzar realmente en una pedagogía de la escucha?*

Éxito: No hay alumnos incapaces, que no sirven. Todos tenemos talentos, dones, posibilidades. Somos distintos, pero todos valiosos. Todos somos buenos para algo. El reto está en descubrirlo y potenciarlo. Cada uno debe encontrar su propio camino de realización. Todos nacimos para triunfar. El verdadero educador cultiva con tenacidad la pedagogía del éxito, tiene expectativas positivas de cada uno y considera el fracaso de sus alumnos también como su propio fracaso. Evitar el fracaso supone ayudar a cada alumno a descubrir, valorar y potenciar sus dones y cualidades positivas, de modo que pueda realizar su misión en la vida: “Conócete a ti mismo, confía en ti, sé tú mismo”. La pedagogía del éxito es inclusiva y combate con tenacidad todos los mecanismos de exclusión. Implica también garantizar que todos los alumnos adquieran el dominio de las herramientas esenciales de aprendizaje (lectura, escritura, expresión, cálculo, pensamiento, ubicación en el espacio y en el tiempo...), que le van a permitir seguir aprendiendo siempre. Y no olvidemos que el éxito exige esfuerzo, constancia, coraje, vencimiento. Ayudemos a los alumnos a exigirse, a dar lo mejor de sí mismos, a fructificar al máximo sus talentos.

¿Siento que si uno de mis alumnos fracasa, yo estoy fracasando también con él? ¿Hago siempre todo lo posible para evitar su fracaso? ¿Me esfuerzo por descubrir las cualidades y valores de cada alumno para ayudarlo a potenciarlos? ¿Asumo que todos y cada uno tienen derecho a triunfar? ¿Me esfuerzo para garantizar que todos los alumnos adquieran las herramientas esenciales del aprendizaje? ¿Qué cambios debo hacer en mi práctica pedagógica para practicar la pedagogía del éxito?

Entusiasmo: Etimológicamente, la palabra significa “tener un dios dentro”: estar lleno de energía, de creatividad, de vida, de ilusión. El verdadero maestro busca generar el entusiasmo de sus alumnos en todas y cada una de las actividades, de los ejercicios, de las prácticas, de los ambientes, de las relaciones, de los resultados, incluso de los errores. Por eso, no los castiga, sino que los asume como oportunidades privilegiadas para ayudar a cada alumno a avanzar, a superar las dificultades, a crecer. La pedagogía del entusiasmo, muy ligada a la del asombro y la alegría, supone que el maestro se asume como un animador, como la persona más motivada y motivadora del salón.

¿Qué hago para entusiasmar a mis alumnos? ¿Soy yo una persona entusiasmada? ¿Pierdo fácilmente el entusiasmo? ¿Acudo al centro educativo con ilusión? ¿Asumo el error como una maravillosa oportunidad de aprendizaje? ¿Qué puedo hacer para vivir con mayor entusiasmo mi vocación de educador?

Equipo: La unidad básica de la organización y el trabajo, no es el individuo, sino el equipo. Equipo directivo, equipos de docentes, equipos de representantes, equipos de alumnos que valoran la diversidad como riqueza, que participan, colaboran y se ayudan. Todo el centro educativo es un gran equipo, unidos en la identidad y en la misión, en el que cada uno asume su tarea con entera responsabilidad y cuida y se preocupa por todos los demás. En la educación popular no hay lugar para los solitarios ni para insolidarios. Los centros educativos y las aulas se convierten en lugares de convivencia, en los que se aprende a compartir, a ser solidarios, a resolver los conflictos mediante la negociación y el diálogo, de modo que se busque el bien individual en el horizonte del bien colectivo.

¿Estamos organizados en el centro educativo como un verdadero equipo unidos en la identidad y en la misión o cada uno anda por su lado? ¿Me considero miembro de un proyecto educativo o simplemente un maestro de un determinado grado o un profesor de materias? ¿Considero a los bedeles, secretarías, padres y representantes como miembros del equipo? ¿Siento como míos los logros o problemas de mis compañeros? ¿Organizo a los alumnos en verdaderos equipos de trabajo? ¿Están organizados los alumnos, los representantes, los educadores?

Expresión: oral, gestual, corporal, estética, dramática, escrita. Expresar: sacar fuera lo que uno tiene adentro. Comunicar, manifestar, hacer público. Expresar ideas, sueños, sentimientos. La educación tradicional niega la expresión: el maestro habla, el alumno escucha y tiene que oír sin interrumpir, y luego decir y hacer lo que el maestro le ordena. Se aburre, se le condena al quietismo, a la pasividad, a la repetición. Se le niega la palabra, la posibilidad de ser. Quien no se expresa, lo suprimen, se reprime, le imprimen el sentido, le impiden ser él. La pedagogía de la expresión promueve un ambiente motivador, de confianza, acogida, respeto, donde cada alumno se siente motivado a decir su palabra y a comunicarla de todas las formas posibles. Cultiva con tenacidad una escritura personal y creativa, como medio esencial para acceder a un pensamiento propio y a la capacidad de comunicarlo con precisión y belleza.

¿Cultivo con tenacidad las múltiples formas de expresión de los alumnos? ¿Convierto las aulas en verdaderos talleres de creatividad y de expresión? ¿Asumo la enseñanza de la escritura como un medio privilegiado para enseñar a pensar y a comunicar de un modo personal y creativo el pensamiento? ¿Practico asiduamente la escritura propia y personal y la sistematización de mi práctica como medio privilegiado de aprender? ¿Cuándo fue la última vez que escribí algo personal, por propia iniciativa? ¿Qué cambios debo introducir en mi práctica pedagógica para fomentar más y mejor la expresión de los alumnos?

I

Inteligencia: Capacidad de leer por dentro (*intus-legere*), de pensar con la propia cabeza, de analizar los hechos y dar una opinión razonada. Inteligencia para comprenderse, comprender a los demás, comprender el mundo y dar respuestas apropiadas a los acontecimientos y problemas, de modo de contribuir a su transformación. Capacidad crítica, analítica, creativa, innovadora, de resolución de problemas. Capacidad de aprender a aprender, a comprender, a

emprender, que hoy supone la multialfabetización y el desarrollo de la curiosidad y el deseo de aprender. Dominio de la lectura de todo tipo de textos, del contexto, de imágenes y lenguajes digitales. Desarrollar la inteligencia supone pasar de la pedagogía de la copia y reproducción, a la pedagogía de la creación y producción. De la pedagogía del individualismo a la pedagogía de la cooperación. De la pedagogía de la repetición de hechos y conceptos a la pedagogía de la solución de problemas. Las aulas se van transformando en verdaderos talleres y laboratorios, en lugares de búsqueda, experimentación, creación. .

¿Mi pedagogía se orienta a cultivar la memoria o la inteligencia, la reproducción o la producción, la repetición de datos y conceptos o la solución de problemas? ¿Qué me dicen en este sentido las evaluaciones que propongo? ¿Me esfuerzo por hacer de mis alumnos, sin importar su nivel o modalidad, lectores cada vez más autónomos y eficientes? ¿Soy yo un verdadero lector de todo tipo de textos? ¿Qué cambios debo impulsar en mi práctica pedagógica para desarrollar más y mejor la inteligencia de mis alumnos?

Investigación: No se aprende escuchando al maestro o profesor y repitiendo lo que dice. Ni se aprende memorizando guías y lecciones. Se aprende buscando, experimentando, reflexionando, discutiendo, confrontando, creando, inventando, resolviendo problemas. El educador, como un buen entrenador, ayuda, aconseja, corrige, anima, descubre talentos y posibilidades..., pero el que juega es el alumno o, mejor, los alumnos organizados en equipos de investigación. Investigar no es copiar de libros o del internet. Toda investigación supone una búsqueda consciente, un descubrimiento y la adquisición o profundización de nuevos saberes. Investigar supone practicar más la pedagogía de la pregunta que la de la respuesta, cultivar la curiosidad, el deseo de saber. La base de toda genuina investigación es tener una buena pregunta, querer resolver un problema. El alumno se convierte en un investigador cuando se encuentra con una situación problemática que no puede resolver con los conocimientos que posee. Si alguien la resuelve por él, se habrá perdido una gran oportunidad de aprender. Pero la investigación sólo puede surgir en un ambiente en el que se le proporciona al alumno tiempo para experimentar, manipular, preguntar; materiales que proporcionan información, datos pertinentes, y la oportunidad de comprobar algunas de las soluciones. Esto requiere de un docente que sea investigador, que le guste experimentar, descubrir, buscar.

¿Cómo concibo yo la investigación, cómo la practico personalmente? ¿Qué he investigado en mi vida? ¿Qué he aprendido de las investigaciones que he hecho? ¿Qué estoy investigando actualmente? ¿Cómo fomento, acompaño y guío las investigaciones que propongo a los alumnos? ¿Qué investigaciones importantes hemos realizado juntos? ¿Me considero en el salón de clase un entrenador que ayuda a que cada alumno juegue su propio partido lo mejor posible, o me considero el jugador más importante?

O

Organización. No es posible una buena educación sin una organización eficaz y el compromiso con ella de todos los miembros. La organización supone unidad de propósitos,

ayuda mutua, unión en la identidad, en la misión y en la vivencia de los valores. Todo en el centro educativo (horarios, tiempos, reglamento, reuniones, actividades especiales, jornadas de formación de los maestros, selección de cargos...) debe estar orientado a lograr el aprendizaje y crecimiento de los alumnos. Todo el personal (directivos, maestros, bedeles, secretarias, personal de la cantina...) tienen una función educadora. La organización del centro educativo y de cada uno de los salones debe responder a la pedagogía de la comunicación, la responsabilidad, el trabajo, la expresión y la investigación. De nada sirve sustituir los pupitres por mesas u organizar a los alumnos en círculo, si el educador sigue acaparando la palabra. La organización supone una buena planificación y una evaluación permanente y formativa. Cada uno tiene que saber bien lo que tiene que hacer y asumirlo con responsabilidad. “Quien no sabe dónde va, es posible que no llegue”. “Si no sabemos dónde vamos, no tiene sentido el ir juntos”. La genuina educación se opone a la improvisación, al espontaneísmo y a la anarquía. La planificación explicita lo que queremos lograr y lo que necesitamos para ello. La evaluación formativa tiene como finalidad conocer si estamos logrando lo que nos proponíamos, para reorientar los procesos pedagógicos y poder brindarle a cada alumno la ayuda que necesita. Por ello, toda genuina evaluación debe ser siempre también autoevaluación. Alumno y educador deben autoevaluarse a la luz de los resultados de las evaluaciones realizadas.

¿Me considero una persona organizada? ¿Tengo claro lo que espero que logren los alumnos? ¿Lo tienen ellos claro? ¿Cómo están organizados los alumnos en el salón? ¿Planifico bien todas las actividades que realizo? ¿Asumo la evaluación como una estrategia para revisar los procesos y conocer cómo va cada uno de los alumnos, para así brindarle la ayuda que necesita? ¿Me autoevalúo a la luz de los resultados de las evaluaciones de los alumnos? ¿Estamos verdaderamente organizados en el centro educativo? ¿Qué cambios me propongo para trabajar más organizadamente?

Observar: mirar, estar atento para conocer lo que sucede en el salón y fuera de él. Mirada que se esfuerza por comprender a cada alumno, y es capaz de acercarse a su dolor, su fastidio, su agresividad, sus dificultades. Mirada profunda, que no se contenta con explicaciones superficiales y trata de ir al fondo de las conductas, de los problemas, de los conflictos, para hacer de ellos oportunidades educativas. “Lo esencial es invisible a los ojos. Sólo se ve bien con el corazón” (S. Exupéry). Mirar con ojos cariñosos, que acogen, que estimulan, que superan las barreras, que dan fuerza. Preguntarse no sólo quién es el que miro, sino por qué lo veo así. Mirada atenta para descubrir las posibilidades, los talentos ocultos, las fortalezas de cada uno, para que las convierta en vida, en dignidad. Mirada que acompaña, que orienta, que respeta, que genera confianza, que ayuda a cada alumno a encontrar su rumbo, a superar sus fracasos. Mirar y enseñar a mirar. Educar la mirada para no considerarnos como rivales o amenazas, sino para ser capaces de reencontrarnos como compañeros y hermanos.

¿Soy capaz de mirar a cada alumno con los ojos del corazón? ¿Me esfuerzo por descubrir sus posibilidades, sus fortalezas, más allá de las apariencias? ¿Se sienten ellos acogidos, comprendidos, queridos en mis ojos? ¿Asumo los conflictos como oportunidades privilegiadas para ir al fondo de las cosas y salir robustecidos de ellos?

U

Único: No existe “el alumno” tipo; existen alumnos concretos, de carne y hueso, con un nombre, una historia, una familia específica, unas heridas, unas fortalezas y posibilidades. No hay dos alumnos iguales. Cada uno es diferente, único, irreplicable, con unos saberes y unos ritmos y modos propios de aprender. Con una misión en la vida que le tenemos que ayudar a descubrir y realizar. De ahí que todos tienen derecho a la diversidad cultural y a la igualdad de oportunidades. Derecho al respeto y a la equidad. Esto implica aceptar a cada alumno como es, con su cultura, su lenguaje, sus miedos, sus deseos, su carácter. Si aceptamos que cada uno es diferente a los demás, no podemos compararlo con los otros, y debemos ayudarle a que vaya tan lejos como pueda en su desarrollo personal. Más que competitivos contra los demás, pongámosles a competir consigo mismo, a dar lo mejor de sí, a buscar su propia excelencia humana, de tal modo que cada uno sea capaz de levantarse de su mediocridad para alcanzar las metas de sus posibilidades. Esforcémonos en ayudar a cada uno a ser competente y cooperador, de modo que pueda vivir su realización en el servicio a los demás. La genuina convivencia supone superar la mera tolerancia, para asumir la diversidad como riqueza. No olvidemos nunca que precisamente porque todos somos iguales, todos tenemos derecho a ser diferentes.

¿Me esfuerzo por comprender y aceptar a cada alumno como es? ¿Respeto su cultura, sus costumbres, su lenguaje, sus formas de aprender? ¿Los asumo y parto de ellos para así poder ayudar mejor a cada uno? ¿Cómo podría demostrar que sí lo hago? ¿Evito las comparaciones, tengo preferencias, trato a algunos mejor que a otros? ¿Le exijo a cada uno según sus posibilidades? ¿Qué cosas debo cambiar y mejorar en mi práctica pedagógica a la luz de estos principios?

Utopía: Para no perder nunca la ilusión, para no conformarse con los pequeños logros, para superar la tentación de la rutina, el acomodo, la mediocridad, la desesperanza. Utopía para confrontar la crisis de fe, crisis de esperanza, crisis de compromiso que carcome nuestra cultura. Utopía que se niega a aceptar que no son posibles las transformaciones y cambios profundos, la posibilidad de construir una sociedad más humana y un futuro digno para todos. Utopía que, porque espera, se compromete, y se transforma en osadía y fuerza para afrontar los nuevos retos. Utopía que asume la educación como una tarea humanizadora, capaz de tocar las fibras más sensibles del ser humano e invitarle a la valentía del servicio, la solidaridad y la libertad. Utopía que nace y se sustenta en una gran fe comprometida. En palabras de Freinet: “No podemos preparar a nuestros alumnos para que construyan mañana el mundo de sus sueños, si nosotros ya no creemos en esos sueños. No podemos prepararlos para la vida, si no creemos en ella. No podemos mostrar el camino, si nos hemos sentado, cansados y desorientados, en la encrucijada de los caminos”

¿Me considero una persona de fe, esperanza e ilusión? ¿Me perciben así los demás? ¿Estoy comprometido en la transformación profunda de este mundo? ¿Asumo la educación como una siembra de esperanza y compromiso? ¿Qué podría hacer para aumentar mi fe, mi esperanza y mi compromiso?